



SERGIO

AGUIRRE

Vivir en el campo no cambiará las cosas
El hormiguero

"Vivir en el campo no cambiará las cosas" de Sergio Aguirre
en *Los vecinos mueren en las novelas*. Editorial Norma.

© Sergio Aguirre.

© Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1999.

"El hormiguero" de Sergio Aguirre
en *El hormiguero*. Editorial Norma.

© Sergio Aguirre.

© Grupo Editorial Norma.

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2009

Colección: "Escritores en escuelas"



Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Plan Lectura 2009

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

consultas-planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2009

VIVIR EN EL CAMPO NO CAMBIARÁ LAS COSAS

SERGIO AGUIRRE

Fragmento de la novela "Los vecinos mueren en las novelas".

La tarde caía. En la habitación, todavía alejadas de las ventanas, las sombras parecían ocupar el espacio desde el fondo de la casa, opacando con la lentitud del atardecer los contornos de los muebles y los libros. Afuera se extendían disciplinadas por los últimos rayos del sol y hacían perder, casi inadvertidamente, todos los contrastes en un verde difuso, aterciopelado, cada vez más oscuro.

–Tal vez ese viaje haya sido toda una experiencia para usted... pero debo decirle que es apenas una anécdota. –John dijo esto en un tono vago, impersonal, que reservaba para sus más venenosas sentencias. –y personalmente no me resulta muy atractivo para escribir algo sobre eso, lo siento.

La anciana, que hasta ese momento le sonreía expectante, por unos segundos mantuvo la misma expresión hasta que, finalmente, la decepción se dibujó en su rostro:

–Oh, realmente lo lamento, yo pensé... que podía resultarle de algún interés.

John vio que el humor de su anfitriona a todas luces había cambiado. Tal vez para disimularlo, ella se levantó y encendió

una lámpara que se hallaba en una mesa justo detrás de John. Lo hizo en silencio. Después, antes de sentarse nuevamente, colocó otro leño en el hogar. Todo esto duró casi medio minuto, y parecía despreocupada cuando dijo:

–Sí, claro... esto es apenas una anécdota. Seguramente la idea para su próxima novela es más interesante, ¿verdad?

–Eso espero, al menos tengo la impresión de que podría ser una buena historia. –Dijo con falsa modestia.

Y con la última palabra, John recordó que ella ya le había hecho esa pregunta. Y que él había respondido que no. Ahora, muy hábilmente, la hacía de nuevo. Y esa pequeña trampa lo hizo quedar como un imbécil. No pudo disimular una mirada furiosa. Era una mujer lista, sin dudas...

–¡Oh!, sabía que la tenía. Por favor, sería un gran honor para mí escucharla, señor Bland. –La voz era dulce, como siempre, aunque a John le sonó como una orden.

Sin embargo John no se inmutó. Sonrió de una manera en que no lo había hecho hasta ese momento, y pensó: “¿Quieres la verdad?, bien... te diré la verdad”.

Pero antes de pronunciar una palabra, hizo algo extraño: se levantó, tomó el atizador que estaba a un costado del hogar, y removió casi innecesariamente la pequeña fogata mientras decía:

–No me gustaría demorarla demasiado. Tal vez usted espera a alguien...

–Oh, no... temo que recibo muy pocas visitas, yo...

La anciana lo miraba algo sorprendida. John colocó otro leño y volvió a su asiento. El atizador permanecía aún en su mano izquierda:

–Comenzaré desde el principio. ¿Sabe?. La tarde en que vinimos a conocer la propiedad pasamos por este camino y vi a una mujer mayor en el jardín. Era usted, es decir –hizo

una pequeña pausa— *...yo sabía que aquí vivía una mujer.* Y hoy, mientras subía para llegar hasta aquí, me percaté de que su casa era la única, aparte de la mía en este lugar. Y fue entonces que sucedió.

—Le confieso que desde ese momento estoy preguntándome qué historia es ésta, que usted prefirió no contar.

John sonrió:

—Bueno, está bien. Quiero advertirle que es apenas la idea central, y se me ocurrió a partir de nosotros, quiero decir, un matrimonio joven que tiene como única vecina a una anciana. Claro, no todo se corresponderá a esta situación, ni siquiera a nosotros mismos, porque al contarlo necesitaré deformar muchas cosas, inventaré otras... Pero por lo pronto digamos que algunas circunstancias de la realidad me darán una mano para empezar.

Comenzaré diciendo que soy el que soy: un escritor. Supongamos que soy, también, algo mediocre. Un escritor mediocre que sabe que nunca ganará mucho dinero, ya sea porque no tiene el talento suficiente o porque las historias que escribe pertenecen a un género agotado que ya no le interesa a nadie. Este escritor, o mejor, yo —John hizo una pausa, miró a su interlocutora, y sin sacarle los ojos de encima, sonrió— Si usted me permite hablaré en primera persona, ¿sabe?, me resultará más fácil, porque así fue como lo pensé, y mi personaje... por el momento no es otro que yo mismo.

—Oh si, por supuesto. —Dijo entusiasmada la señora Greenwold.

—Bien, habría que hacer un poco de historia para empezar... —encendió un cigarrillo, y, entrecerrando los ojos, comenzó:— digamos que me casé con una muchacha que en pocos años heredará una fortuna, nada exorbitante, pero que me permitirá vivir sin la necesidad de dedicarme a otra

cosa. Usted sabe, en el mundo real no se puede vivir con las regalías de un par de novelas sin éxito, y realmente y lo único que sé hacer es escribir. Todo fue bien durante el primer año. Nunca estuve enamorado de mi mujer, pero era una muchacha simpática, que por alguna razón me admiraba. Después comenzaron algunas desavenencias... i n t r a s c e n d e n t e s , al principio. No le di importancia. Pensé que era lo habitual cuando una pareja comienza a convivir, usted sabe. Pero la cosa parecía ir más lejos. Ella pasaba mucho tiempo fuera de la casa. Esas desapariciones y una creciente irritación por cualquier cosa que yo pudiera hacer o decir, me alarmaron. No me desesperaba el hecho de que ya no me amase, por la sencilla razón de que yo tampoco la amaba. También podía soportar la aspereza de nuestra vida en común, siempre que yo pudiera seguir escribiendo. Pero sus ausencias eran cada vez más frecuentes, y eso sólo podía significar una cosa: había otro hombre.

Decidí disimular mis sospechas. Traté de ser más dócil y amable en la casa, y ya no le preguntaba nada cuando ella salía. Tenía la esperanza de que lo que parecía ser una aventura se muriera en un tiempo más o menos breve, como corresponde a una aventura. Toleraría todo lo necesario para poner paños fríos en el matrimonio que era mi única posibilidad de vivir más que dignamente el resto de mi vida, aunque no vendiese una sola de mis novelas. Sabía que en ese momento cualquier discusión podía precipitar en lo único que no quería, o que no podía permitir: separarme de Anne. Mi estrategia funcionó por un tiempo. Nuestra vida en común se hizo, a mi costa, más fácil. Sin embargo sus salidas continuaron. Después enfermó el padre -un hombre que nunca me quiso- y comenzó a llamarla para que lo acompañe cuando le sobrevenían pequeñas crisis debidas a

una afección cardíaca, que en no mucho tiempo, dijeron los médicos, lo harían dejar este mundo. Así fue como Anne comenzó a estar con él, una o dos noches a la semana. Fue en una de esas noches, una como las otras, que decidí seguirla. Algo en su modo de salir de la casa, una cierta emoción que yo le conocía, me hizo saber que no era su padre a quien vería. Era muy fácil corroborarlo; bastaba una llamada telefónica para saber si se encontraba allí. Pero eso era justamente lo que yo no quería; verme obligado a pedirle explicaciones, dejar abierta la posibilidad de la confesión de una mujer enamorada y, usted sabe, en esas discusiones la palabra divorcio puede pronunciarse muy fácilmente. Pero tenía que saberlo. La acompañé a la puerta del edificio y ni bien partió tomé un taxi que la siguió hasta el Soho, donde se detuvo en una esquina. Él la estaba esperando exactamente allí. Era un muchacho que subió al auto y la estrechó entre sus brazos. ¿Sabe?, una cosa es sospecharlo con cierta certeza, más aún, saberlo; y otra muy diferente es estar viéndolo con los propios ojos. Los dos parecían como enloquecidos adentro de ese auto, créame, fue como mirar una tragedia, aquello que cambiaría el curso de mi vida. Me sentí absolutamente impotente y tuve, por primera vez, mucho miedo. Esa noche cuando volví a casa no pude dormir. Sabía que cualquier cosa que hiciera para salvar nuestro matrimonio sería inútil. Nunca, ni en los primeros tiempos, había visto a Anne así, como esa tarde dentro del auto. Esa chica estaba perdidamente enamorada, y me arrastraba a mi propia perdición.

La idea de vivir en el campo era un viejo proyecto que teníamos desde que nos casamos. De modo que decidí llevarlo adelante. No iba a dejar escapar la oportunidad de alejarla de Londres. Creí, supongo, lo que creen todos los

maridos; que la distancia les haría todo más difícil a los amantes... hasta que todo terminase, o algo, cualquier cosa que pudiera pasar era preferible antes de ver cómo mi matrimonio se derrumba. Fui un iluso. Hoy mismo, apenas si acabábamos de entrar a la casa nueva, “su padre” la llamó por teléfono. Atendió ella. Y esa es la razón por la que está en Londres ahora. Seguramente con él. Ni siquiera le importó que su propia ropa esté en canastos, por ahí. Nada cambiará. Desde aquí todo le será más fácil aún. Ahora la distancia justificará las demoras, prolongará sus ausencias... y eso explica por qué aceptó tan fácilmente mi propuesta de mudarnos aquí, a Chipping Campden. Como verá, fui un idiota.

John hizo un pequeño silencio antes de continuar:

—Necesitaba hacer algo que terminase con este asunto para siempre. Pero no sabía qué. No encontraba ninguna salida. Pero, como sucede siempre que estamos desesperados, algo ocurre.

Hoy descubrí que los únicos seres vivientes en este lugar encantador somos nosotros y... usted.

Y la idea acudió, por así decirlo, casi sin buscarla; por obra de las circunstancias. Mientras cruzaba su jardín no sólo supe qué era lo que iba a escribir, sino que esa escena, yo mismo entrando a su casa con la repentina felicidad del escritor cuando encuentra una idea, ya era parte de la novela; y yo su protagonista. Porque todo comenzará así: un hombre que tiene por costumbre visitar a sus nuevos vecinos llega a la casa de una anciana absolutamente desconocida. El mismo no sabe, hasta que llama a la puerta, que ha decidido matarla.

EL HORMIGUERO

Capítulo 12 de la novela "El hormiguero".

—**Y** dice también que son del mismo tipo de las abejas y las avispas. —Comentó Omar en la cena. Quería que la tía supiese que él leía el libro, que estaba interesado.

—Especies organizadas... —comentó ella mientras llegaba con la fuente humeante a la mesa.

—¿Y sabías que hay más hormigas en el mundo que seres humanos? ¿Y que si quisieran, si tuvieran la inteligencia, podrían liquidarnos?

La tía rió, como si eso le pareciera ridículo. O como si fuera divertido. Omar la observaba mientras ella servía la comida.

La tía se reía, pero en el libro él había leído cosas de las hormigas que no eran para reír.

El día siguiente era día de amasar, y Omar fue a buscar leña al monte, encendió el fuego en el horno, y ayudó a la tía a estirar la masa, porque ella había amanecido con dolor de espalda. Después se ofreció para remover la tierra de la huerta y recoger hojarasca y palitos para el pozo de humus.

Había empezado a buscar el hormiguero.

El libro explicaba que había de muchos tipos. Algunos estaban hechos de hojitas y palitos, pero otros, los más difíciles de hallar, eran apenas una grieta, un huequito perdido en la tierra.

Y por dentro podía ser colosal.

Cuando habló por teléfono con su madre, al otro día, ella se dio cuenta de que le pasaba algo. Decidió no contarle nada. Ni del regalo ni de nada.

No había planeado ir al vivero, pero cuando salió de las

cabinas fue directamente hacia allí.

Entró. El hombre estaba detrás del mostrador. Omar saludó y dijo:

–¿Sabe qué pasó? Las hormigas se comieron todos los rosales que llevé el otro día...

El hombre permaneció en silencio.

–Quería preguntarle si hay alguna forma natural de combatirlos. Algo natural –remarcó.

–¿Natural? –a Omar le pareció que el hombre había sonreído al decir esa palabra.

Entonces abrió un armario de madera medio destartado. Sacó una bolsa de nylon llena de un polvo rojo y se acercó a Omar. Le tomó el brazo, le puso la bolsa en la palma de la mano, y le dijo en voz baja:

–Esto.

En el viaje de regreso la tía Poli le contaba del proyecto nuevo para hacer conservas, y del anterior, que había fallado. Le decía que esta vez iba a empezar por los pimientos. Pero Omar iba en silencio, con la vista en el camino. No podía mirarla. En su cabeza sólo daba vueltas el veneno, la bolsa de polvo rojo sin marca ni nada que llevaba en la mochila y la conversación que había tenido en el vivero:

–Pero esto es... químico. –Había dicho Omar con la bolsa en sus manos.

Como única respuesta, el hombre tomó un jabón y dio unos pasos en dirección a un grifo que estaba entre las plantas. ¿Después de tocar ese veneno había que lavarse las manos? ¿Eso le quería decir?

–Mi tía cree que está mal matar a otros seres vivos... –continuó Omar.

El hombre no lo dejó terminar:

–¿A las hormigas? Las hormigas si pudieran, te comerían.

Sergio Aguirre

Nació en Córdoba, Argentina, en 1961. Es escritor y psicólogo. Desde 1988 tiene a su cargo la coordinación del taller literario del Hospital Neuropsiquiátrico de su ciudad. En 1996, ganó el primer premio del concurso "Memoria por los derechos humanos" con el cuento *Los perros*. En 1997, fue el ganador del Certamen Literario Nacional por el 60 (sexagésimo) aniversario del fallecimiento de *Horacio Quiroga con el cuento Corregir en una noche*.

Su primer novela, *La venganza de la vaca*, recibió el Accésit del premio latinoamericano de literatura infantil y juvenil Norma Fundalectura, en 1998, y posteriormente fue incluida en el catálogo White Ravens, de la Internationale Jugendbibliothek.

Los vecinos mueren en las novelas y *el Misterio de Crantock* fueron elegidos entre los mejores libros del año por el Banco del libro de Venezuela, en 2001 y 2005 respectivamente.

¿Querés leer más de este autor?

El hormiguero, *El misterio de Crantok*, *La venganza de la vaca*, *Los vecinos mueren en las novelas*.

¿Querés saber más sobre este autor?

http://www.educared.org.ar/biblioteca/guiadeletras/archivos/aguirre_sergio/index.htm
www.leer.org.ar



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

cfe

Consejo Federal
de Educación